

UNA ESPARTANA EN MADREÑAS

La abuelita vivió en las montañas y tenía más valor que los trescientos de las Termópilas, con Leónidas al frente, porque Asturias nunca fue un sitio para mujeres cobardes.

En terreno pendiente nació y creció con estrecheces y poca escuela, la justa para aprender las cuatro reglas. Después vino el matrimonio, delante del cura como era debido, y varios hijos, ya que por entonces se decía que había que tener los que te mandaran ¡La que no obedecía era la comidilla de la aldea!

La abuela Jacinta iba siempre con su bata de cuadritos, sus madreñas y su pañuelo en la cabeza, y aprendió a hacer manteca y salar jamones; eso además de todo lo demás, que era atender la casa, la familia, y la cuadra repleta de vacas lecheras. En el tiempo libre, a la huerta y a segar los prados.

Doble, triple, cuádruple jornada, según el día.

Lindiar era su momento preferido. Mientras los rumiantes llenaban la panza, ella se llenaba la vista mirando las montañas bravas recortarse en el cielo del atardecer. Así la recuerdo yo, cuando me llevaban a verla los domingos. ¡Qué extraño se me hacía que la abuela tuviera que lindiar en domingo!

—Les vaques nun entienden de fiestes, nenina. Quieren comer a toes hores.

En esos instantes compartidos, sentadas las dos en el verde si estaba seco, ella era propensa a las confidencias. Clavaba las madreñas en el suelo, se apoyaba de manos en la guiada y hablaba en voz baja como quien comunica secretos de estado que no puede oírlos cualquiera.

Recuerdo que un día me contó lo más triste que le pasó en la vida. Mientras

miraba al suelo como si se le hubiera perdido algo, clavando el pincho de la guiada en la tierra, explicó con voz temblona lo que ocurrió por culpa de no haber médicos.

—Foi la meninxitis la que me la llevó.

Había sido su primera hija y, aunque tuvo otras, ninguna logró borrar aquel recuerdo tan amargo.

—Llevaba malina con fiebre muchos días. Hasta que la cogí, l'abrigué perbien, que facía friu y llevela contra'l mio pechu, caminando, porque entós nun había coches nin carreteres; andando hores y hores con ella cargada, que pesaba abondo. Cuando llegábamos a la consulta del médicu noté que la mio nena daba un respingu y asina, metidina contra mí, paro-y el corazón a la probina.

Mi abuela escondió la cara para que no la viera, pero yo era ya chavalina y sufría por ella y por esa tía mía a la que nunca conocí.

—Calla, güelina, que luego tuviste muchos hijos.

—Como aquella, nenguna. ¡Yera tan guapina!

Después de aquella confesión se puso de pie, igual que una guerrera, y corrió a corregir a una vaca que amagaba con atravesar el río. Galopaba la abuela Jacinta que parecía que no tuviera ochenta.

Nunca volvió a mencionar a aquella lejana tía que murió de meningitis.

Lo que sí me contó varias veces fue la hazaña de perseguir a su marido, que estuvo fugado en Madrid. Ahí vi yo que mi abuela era una mujer de una pieza.

—¡Ay, nenina! Dixo que diba buscar veceros pa les mantegues y los xamones, qu'ellí pagaben bien, que volvía n'una semana.

Recuerdo que ella tenía muy marcadas las arrugas de la alegría y, cuando contaba esta historia, se le marcaban mucho más y le sacaban una mueca pícara en los ojos y en la boca.

—Pero pasaben les semanas y nun volvía. ¿Sabes lo que fixi? Tenía yo dos nenos d'aquella; pos prepareme, mudé los guajes, garrelos de la mano, coyí un autocar y apaecí en Madrid. Teníes que ve-y el focicu cuando me vio.

Me imaginé que no era cosa de broma mi abuela enfadada.

—¿Sabes lo que-y dixi ? Tomás, si nun vuelves, amontonu con otro. ¡Ois, ne; cómo espabiló!

Cuando me contaba esta hazaña, nos reíamos las dos como dos chifladas, tanto que las vacas nos miraban tal que si entendieran el motivo de nuestra jarana.

¡Olé, mi abuela! Cuando quiero ponerme alegre, recuerdo esta anécdota y la veo sonreír, con su cara arrugada de haber vivido mucho, y sus ojos chispear casi al borde de las lágrimas de pura risa.

Aunque sea chavala, yo quiero parecerme a mi abuela Jacinta, que en sus Termópilas hizo frente a un imperio persa entero. Quién lo diría, viéndola así, de madreñas, lindiando en el prado a sus ochenta.

FIN